

Palabras de amor a Marieta

Amaya Quinn Carranza Abarca

Y regreso otra vez al paisaje rojo y enfermizo, al olor intenso de la sal y al silencio del barco, que aquel junio se quedó huérfano, igual que su tripulación. Sin embargo, en ese panorama naturalmente infantil, solo yo tenía constancia de la situación, aunque no por voluntad propia. Admito que, en el fondo de mi alma aún intacta, hubiera preferido crearme el cuento de las vacaciones y la novedad del nuevo país, pero el temperamento frío de mi padre y la tristeza sincera de mi madre se habían apoderado desde hace varios meses de mis pensamientos y de mi niñez.

No fue sino hasta que las anclas comenzaron a descender de nuevo y unas miradas alegres, pero juiciosas, se posaron en el cargamento y comprendí plenamente que había llegado a lo que nombraban como el puerto de Veracruz. Tal vez la bulla de la multitud en tierra habría cesado mi desdicha, si no fuera porque contrariamente a las apariencias, yo ya me encontraba solo desde que salí de Barcelona.

No sé por qué, pero por un momento llegué a creer que sí, que vendrían tiempos mejores, que la situación sería por completo diferente en este desconocido país y que pronto volvería igual que como vine. Pero no tomaba en cuenta que, por más que se cambie de rumbo, siempre habrá actitudes tan parecidas en los alrededores y que las esperanzas estaban sujetas a decisiones adultas. Caí en cuenta de eso

cuando después de tanto viaje vislumbré lo que sería mi nuevo hogar, un edificio que en su fachada presumía con letras grandes el nombre de “Escuela Industrial España-México”. Dentro desempaqué mi maleta sobre lo que sería la cama que me habían asignado: una cama firme pero fría.

Lo que más odié fue la integración a mi rutina de las marchas y las duchas apenas cantaba el gallo. No obstante, sustituía ese recuerdo traumático cada tarde con lo que sucedía a la hora del receso. Eso siempre resultaba muy variado: desde tortillas que servían como platillos voladores hasta judías negras, a las que me terminé por acostumbrar. Mi parte favorita en esta nueva vida eran los fines de semana, especialmente desde que la conocí: flaca y morena, de pelo largo azabache, de mirada risueña, pero pícara, y con las manos más ágiles que alguna vez pude haber visto.

Lo recuerdo bien, yo salía del internado con mis centavos en mano, dispuesto a gastarlo todo en algo más que tortillas y frijoles. Pero algo me detuvo al dirigirme a la tienda de don Paco: tu mirada, cabizbaja entonces, concentrada en la vasija que tenías en mano, mientras que, a quien después identifiqué como tu madre, ofertaba a los transeúntes coloridos jarrones y piñas de barro vidriado. Y así, sin tener conciencia alguna de mis movimientos, tomé la vasija más pequeña y me deshice, sin pestañear, de mis ahorros de la semana.

No contento con tal imprudencia, volvió a suceder la semana siguiente. ¿Para qué habré querido yo tantas vasijas? Creo que no logré darme cuenta hasta que, un domingo cualquiera, tú por fin alzaste la mirada y te dirigiste a mí como a un viejo amigo, preguntándome si quería acompañarte al parque, que tu madre nos daba permiso. Yo sólo me sonrojé y asentí. Quién diría que tu valentía lograría convertirse en algo tan trascendente para nuestras vidas.

Desde entonces, todos los domingos corría a tu consuelo, a tus ojos atentos y a tus palabras sabias. Pero después ambos nos dimos cuenta de la necesidad de nuestra compañía, y comenzaste a escaparte al parque conmigo todas las tardes, de lunes a domingo. Yo dirigía nuestras pláticas ha-

cia las quejas del internado, a lo mucho que extrañaba a mis padres y a la España sangrienta que los acogía, y tú te contentabas con animarme, con recordarme que México podría ser ahora mi hogar. No entiendo cómo lograste sanar mis heridas, tanto las infligidas por aquellos que se creían superiores con los años como las que yo mismo me creaba al no comprender lo escaso y censurado de mi correo.

Al pasar los años, yo ya te pertenecía más que a mis recuerdos. Me habías transformado: con huaraches de cuero y un acento que ya no se parecía al de un extranjero. Ya no hablábamos del internado; ahora yo te escuchaba sobre tus sueños y el futuro, un futuro que, por esos breves momentos, me hacías desear tanto como tú. Sin embargo, las cosas no siguieron como tus planes, y el destino otra vez nos la jugó en contra. La economía no iba bien para nadie, y tu madre había tomado la decisión de dejar Morelia y migrar más al norte, donde podría obtener en una fábrica lo que con las artesanías nunca conseguiría.

Esa tarde llovía, y tu trenza se desbarataba a cada paso de tu trote forzado. Yo solo te miré, desolado en aquella banca de la esquina del parque, y comprendí que habías decidido alejarte para siempre. Lo dijiste sin vacilar: que no podías dejar a tu madre, que volverías en cuanto ella no te necesitara más, que mientras tanto yo estudiara, que saliera ya del internado y que creara una vida en tu ausencia. Pero yo, tan débil como siempre me había creído, solo me limité a pedirte que no te fueras, que te quedaras en Morelia, que hiciéramos por fin una vida juntos y que trabajaría duro para que no nos faltara nada. Pero, a pesar de todas mis súplicas, tu decisión ya estaba tomada y tu partida fechada para el día siguiente.

Aun no comprendo cómo pude vivir tantos años en tu ausencia. Tal vez solo las promesas que te hice lograron que no me estancara en los recuerdos de España y el internado. Quizá tú hiciste lo mismo: saliste adelante y estudiaste artes, como alguna vez me contaste que lo harías. Yo, por mi parte, estudié literatura para hablar solo de ti en mis poemas. Quiero pensar que fue así, como único consuelo a

nuestra separación y como última petición al cielo que nos había sido tan cruel.

¿Sabes? Es extraño cómo los recuerdos se amontonan en un instante, como si todo hubiera sido en realidad un suspiro. Nada más que eso. Sin embargo, sonrío. Sonrío porque te he vuelto a mirar, así, entera, con tu trenza larga y tu mirada pícaro. Esa mirada que intenté olvidar tantas veces, que me siguió por años y que, como era inevitable, nunca dejó mi corazón.

En mi delirio te veo caminar hacia mí entre la gente, como si no hubiera pasado el tiempo, como si esos domingos en el parque apenas hubieran sido ayer. Quisiera decir algo, cualquier cosa, pero la emoción me lo impide. Tú sonrías primero. Y entonces lo entiendo: también me estas esperando.

La promesa que hicimos ha resistido los años, incluso, ha trascendido la vida. Y aquí estamos, cumpliéndola. Finalmente.